

El mártir del sacramento, san Hermenegildo de Sor Juana Inés de la Cruz: visigodos, jesuitas y los Habsburgo

Robin Ann Rice
(Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla)

Para celebrar la inauguración en enero de 1590¹ del Colegio jesuita de San Hermenegildo en Sevilla, se montó la *Tragedia de San Hermenegildo* (Hernández, 261-262), considerada por muchos la más importante obra de teatro jesuítico y una de las creaciones de teatro más importantes del siglo XVI (González 1992, 261). Gracias a la circulación de sus textos por España bajo el cuidado de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, XI Condesa de Paredes y marquesa de la Laguna, virreina de la Nueva España de 1680 al 1686, Sor Juana Inés de la Cruz fue reconocida y apreciada en Sevilla y esto le dio la oportunidad de poder publicar su tomo más importante, *Segundo volumen*, ahí en 1692, donde aparece publicado por primera vez el autor, *El mártir del sacramento, san Hermenegildo*. El volumen fue costeadado y promocionado por su mecenas. La Décima Musa tenía protectores reacios jesuitas y estos miembros de la Compañía de Jesús eran muy devotos al santo visigodo. En la loa a *El mártir del sacramento, san Hermenegildo*, la autora implícita saluda a doña María Luisa de Borbón, de quien Carlos II se enviudó en febrero de 1689 (Méndez 1995, 563)². Pese a este dato, el destino final del auto fue Sevilla donde “los jesuitas [...] participaron del fomento de su devoción” además de “la intelectualidad sevillana (Cornejo 2000, 35).” Después de una exhibición en la corte de Madrid³, hecho no comprobado, es viable que se hubiera planeado una representación en una fecha posterior en Sevilla y es más que factible que *El mártir del sacramento* se interpretó en 1690 para conmemorar los cien años del mismo Colegio de San Hermenegildo (Hernández, 261-262) donde se había presentado la *Tragedia* cien años antes. En esos años, Jaime Palafox y Cardona, sobrino del otrora arzobispo de Puebla, Juan de Palafox y Mendoza, era el arzobispo de Sevilla y Manuel Fernández de Santa Cruz, él de Puebla. El obispo de Puebla apoyó la causa de Palafox y Mendoza y pudo haber promocionado también la obra de Sor Juana, su gran amiga y cómplice, por el otro lado del Atlántico. El obispo de Sevilla habría tenido motivos para favorecer los deseos de Fernández de Santa Cruz: “El proceso sobre las virtudes y fama de santidad se inició en Puebla en 1688 durante el episcopado de D. Manuel Fernández de Santa Cruz (Moriones 2000, 3).” Así que entre las ambiciones de María Luisa Manrique por cultivar la fama de Sor Juana en España y, específicamente, en Sevilla, donde hubo una relación estrecha entre la familia de Tomás de la Cerda, su esposo, y los jesuitas, el beneplácito del arzobispo de Sevilla, Jaime Palafox y Cardona, y los deseos de conmemorar un personaje como san Hermenegildo, figura predilecta de los Habsburgo, no está fuera de lugar suponer que *El mártir del sacramento, san Hermenegildo* estuviera designado para la celebración de los cien años del Colegio jesuita de Sevilla.

Por esto, cuando Sor Juana Inés de la Cruz escogió el tema de su único auto sacramental de santos, *El mártir del sacramento, san Hermenegildo*, o, es más probable, se lo encargaron, planeó

¹ Por una discusión sobre la fecha de estreno de esta obra, ver Cayo González Gutiérrez. Determina que la fecha de la primera representación de la *Tragedia* fue en 1590 (1992, 269).

² Es probable que se planeara una presentación en Madrid antes de Sevilla porque Araico menciona que “[l]as acotaciones dentro del auto demuestran que está concebido para un montaje comparable a los madrileños de cuatro carros de dos niveles (288).”

³ Como insiste Araico, los saludos a la corte de Madrid “[s]ólo hace constar la intención para la versión impresa que había de circular en ese volumen [...] [e]se final de la Loa en alabanza de la corte no es entonces de ninguna manera prueba de un montaje madrileño” (292).

una obra para satisfacer varios fines. Primero, honró y celebró a los jesuitas en general y a los del colegio de San Hermenegildo de Sevilla; segundo, glorificó a un personaje que los reyes Habsburgo habían escogido como ancestro aglutinador de las culturas germánicas y castellanicas cristianas. Por esto, para realzar los orígenes militares de los jesuitas en defensa de la fe católica contra la protestante e islámica, la jerónima trazó otro guerrero, San Hermenegildo que, también, luchó implacablemente a resguardar, por medio de acciones bélicas, el cristianismo. Los Habsburgo, igualmente grandes campeones de la fe, estarían representados en la obra por dos motivos: por el afán, empezando con Felipe II, de emparentar su estirpe con los visigodos cristianos y así formar un linaje antiguo de católicos fervientes, y, establecer un destacado ejemplo en la modernidad temprana del uso militar para asentar el cristianismo en todo el orbe. El propósito de este escrito es de examinar el motivo por el cual Sor Juana escogió un protagonista sin importancia religiosa en su época—siglos VI y VII---y lo enaltecó para encarnar los valores religiosos y militares de los jesuitas y de los Habsburgo. Para poder lograr este fin se examinará los jesuitas como una continuación de este espíritu castrense de lucha religiosa, la creación de la ascendencia cristiana antigua visigoda de los Habsburgo, y la selección de Hermenegildo, un mártir polémico, para protagonizar la obra. Todo esto se enjuiciará para comprobar que Sor Juana explotó el tema de Hermenegildo para poder honrar a los jesuitas, los Habsburgo, y san Hermenegildo como prototipos de guerreros religiosos. Entrelíneas, pese a las opiniones de sus detractores, la autora deja ver que el mártir tenía otras opciones para no llegar a las armas contra su padre y su rey. En ciertas partes del escrito, revela los motivos políticos y personales que tenía el visigodo para ser insurrecto y, luego, mártir. Pues, los motivos de la rebeldía de Hermenegildo contra el rey Leovigildo, su padre, fueron en parte por aspiraciones políticas. En resumen, por medio de una lectura minuciosa de la obra, se comprueba que Sor Juana engrandece a Hermenegildo para crear paralelismos entre él, los jesuitas y los Habsburgo. Sin embargo, en ciertas partes del texto, la jerónima hace notar la intransigencia del santo, sus ambiciones políticas y, nada más cuando ha perdido la lucha contra su padre y su patria, su determinación de ser mártir. Es claro que la autora no podría subrayar los actos reprobables del santo por la susceptibilidad de los monarcas para con él pero siembra la duda en los espectadores sobre los móviles del mártir de luchar contra su padre.

El lenguaje militar y bélico del texto también es una alusión a la Compañía de Jesús y su fundación como orden militar. Tanto Méndez Plancarte como Octavio Paz aducen que Sor Juana no entendía lo grave de las acciones de Hermenegildo contra su padre, pero comprendió perfectamente el espíritu aguerrido pertinaz del mártir. Explotó esta característica para poder igualarlo a los jesuitas y su obstinación por defender de manera militar a la fe. De los tres autos que redactó, todos de una calidad extraordinaria, dio una nueva notoriedad al santo que extendió más allá de Sevilla donde naturalmente hubo una devoción particular por Hermenegildo por ser el lugar legendario de su martirio. Pese al final favorecedor al mártir, hay críticas sutiles a Hermenegildo, que

por ambición, se rebela contra su padre, que lo había hecho rey de lo que hoy es Andalucía, se alía con los enemigos de su patria---los bizantinos y los suevos---, entrega a los primeros---como prendas---a su mujer y a su hijo, guerrea, es derrotado, Leovigildo lo perdona, vuelve a rebelarse, es hecho prisionero, rechaza la comunión que le ofrece un obispo arriano y es ejecutado por orden de su padre (Paz 1995, 454).

El lenguaje del auto está formado por una red semántica de vocablos de guerra que rinden homenaje a San Hermenegildo, campeador, a los jesuitas y sus vínculos con el arte de la guerra, y a los Habsburgo, defensores acérrimos de la fe por medio de las armas.

Los visigodos y los Habsburgo

Se transfiguró la monarquía hispánica durante la segunda parte del siglo XVI, pues, tras la “división que Carlos V realizó de su herencia entre su hermano Fernando y su hijo Felipe, el Imperio Romano Germánico ya no fue la principal fuerza política dentro de la Christiantad, (sic.) sino que el liderazgo recayó en la propia Monarquía (Martínez 2014, 104).” Por esto, Felipe II intentó resignificar el pasado visigodo de España. Como parte de su construcción particular del concepto medieval de *Monarquia Universalis*, el Rey Prudente impuso vigorosamente “el catolicismo emanado del concilio de Trento, pero de acuerdo con sus propios objetivos políticos (Martínez 2014, 105).” Con el propósito de hispanizar la dinastía de los Austria, el rey y sus cofrades implantaron el reino “en la tradición histórica castellana de modo que la rama hispana de los Habsburgo se entroncase con los visigodos y con todos los ideales castellanos surgidos durante la Reconquista (Martínez 2014, 105).” Añadido a esto, hubo dos inquietudes monárquicas que impulsó a Felipe II a buscar en los visigodos y, específicamente, en Hermenegildo, antecesores espirituales y simbólicos. Por un lado, “la unión de la rama hispana” y “la titularidad de la monarquía española” y, por el otro, la estirpe austríaca y “el Sacro Imperio” se fundieron, acto que causó un desvanecimiento de la “identidad simbólica de la monarquía (Cornejo 2000, 26).” El monarca estaba consciente de la necesidad de forjar una “redefinición de la imagen simbólica de la monarquía hispana (Cornejo, 26).” Dedicó mucha energía en reforzar la idea de una “dinastía elegida” por Dios y el concepto del “carácter «‘sacra’» de la monarquía”, recalcados en el momento de dirigirse al monarca como “«‘Sacra, Católica y Real Majestad’»” (Cornejo 2000, 27). También, el anhelo de crear un vínculo directo entre Felipe II y los visigodos estimuló la invención de “fabulosas genealogías de los monarcas hispanos, al mismo tiempo que se colocaba la religión cristiana como elemento que había dado unidad a la línea dinástica hispana” (Martínez 2014, 107).

Por esto, la figura de Hermenegildo era tan importante porque en él se encontraba “la confluencia de estos dos intereses del rey Felipe II--la exaltación de su linaje y la sacralidad de la institución monárquica (Cornejo 2000, 27).” El soberano aprovechó y, también, contribuyó a otros aspectos del linaje visigodo del imperio. Hermenegildo era el verdadero “«‘Primer Blasón Católico’»” y convenía al rey vincularse con él y lo que representaba este vínculo con el “*topos* de la unidad de España (Cornejo 2000, 27).” Más importante:

Al aparato de poder monárquico le interesaba especialmente presentar a la recién conseguida unidad política peninsular como heredera directa y natural de aquella otra que se diera bajo el reinado de los godos. De ahí el interés por reavivar todo aquello que tuviese relación con el precedente histórico de la Hispania visigótica (Cornejo 2000, 27).

Después de haber encumbrado la figura del visigodo, el rey se convirtió en un simulacro del santo.

Entroncar el cristianismo castellano con el visigodo produjo una cascada de actos píos proselitistas a favor del mártir, San Hermenegildo. En 1585, el rey Felipe II pidió la autorización al papa Sixto V para el culto a Hermenegildo en toda España y propulsó la santificación de Hermenegildo, suceso llevado a cabo en 1639 cuando el papa Urbano VIII lo canonizó durante el reino de su hijo, Felipe III nacido en la madrugada del 13 de abril de 1578 y nombrado Felipe Hermenegildo (Cornejo 2000, 31). El soberano era un entusiasta coleccionista de reliquias y se calcula que tuviera sobre 7,500, repartidas entre 507 relicarios, diseñados por Juan de Herrera y Juan de Arfe, y expuestos en El Escorial (Cornejo 2000, 35). Pero, su reliquia estrella era la cabeza

del santo que consiguió del monasterio de Sigena donde el godo había sido reverenciado desde hacía varios siglos (Cornejo 2000, 33).

Las bases militaristas de los jesuitas

En la modernidad temprana, los jesuitas se vincularon estrechamente con el arte de la guerra. En 1540, Ignacio de Loyola—aristócrata y militar—convenció a Paolo III a formar una nueva orden militante de la Iglesia Católica—los Jesuitas. El papa emitió una bula intitulada *Regimini Militantis Ecclesiae* que fue confirmada en 1550 por el papa Julio III. Nombrada la “Compañía de Jesús”, los miembros siempre estaban a la espera de servir como soldados de Dios bajo el pendón de la Cruz. Era una orden disciplinada que se conglomeró en un regimiento bajo los mandatos de un general (De Lucca 2012, 1-3). Parte de este interés marcial, tal vez, tuvo sus orígenes en la mentalidad guerrera de su fundador, Ignacio de Loyola⁴ que, cuatro años antes de morir, aún tenía la perspicacidad militar para divisar un plan de defensa para la Europa católica en contra de las agresiones otomanas. El papel protagónico de los jesuitas en la nueva cruzada, la Guerra de Treinta Años (1618-1648), contra la amenaza protestante, no es desdeñable. La militancia jesuita en el Barroco se manifestó en la enseñanza de la arquitectura militar, una disciplina habitual en los colegios y seminarios de la Compañía. El arte de la guerra se evocó constantemente en los escritos de intelectuales de esta orden que usaron la retórica militar para justificar el papel activo de los miembros más beligerantes de la orden en actividades bélicas contra los herejes y los infieles (De Lucca 2012, 1).

Ignacio fundó la Compañía en tiempos turbulentos cuando era imprescindible una orden religiosa militar. Los turcos amenazaban por todos lados bajo el mando de Suleimán el Magnífico (1520–1560) que había tenido grandes éxitos en Belgrado y, entre sus otras victorias, casi sitió a Viena. En otras latitudes, Lutero (1483–1546) y Calvino (1509–1564) provocaron una rebelión contra la autoridad papal. Inglaterra rompió relaciones con Roma y en 1534, el Parlamento implantó el Acto de Supremacía que confirió al rey la dirección de la Iglesia de Inglaterra. La supremacía papal estaba en peligro y se vio casi decimada cuando las tropas españolas, italianas y alemanas, bajo el pendón del Sacro Imperio Romano y bajo la batuta del condestable de Borbón, saquearon Roma en 1527. Era el momento para la creación de una orden religiosa nueva que pudiera defender a la credibilidad de la Iglesia Católica, algo que las órdenes religiosas tradicionales no hacían con bastante rigor. Fue en este momento tumultuoso que Ignacio de Loyola propuso al papa Paolo III resolver esta crisis de poder (De Lucca 2012, 4-6). En el siglo XVII, hay muchos ejemplos de los jesuitas ejerciendo esta visión de la defensa militar de la fe.

Sor Juana, Sevilla, los jesuitas y san Hermenegildo

El colegio sevillano de jesuitas estaba bajo la advocación de San Hermenegildo. La Compañía se había convertido en pocas décadas en una de las órdenes más influyentes y ricas de la época. Su actividad se centró en la educación y eran los paladines de la cultura, especialmente sus creaciones teatrales que usaron por fines pedagógicos. Visualizaron el teatro como “método pedagógico” e “instrumento propagandístico de su ideología, puesto que las representaciones eran abiertas a la ciudad (Cornejo 2000, 30).” Durante la visita de Felipe II a Sevilla, presentaron una obra de teatro en la cual “muestran la victoria de un belicoso Felipe II [...] sobre la Herejía y el Mahometanismo (Cornejo 2000, 31).” En los siglos XVI, XVII y XVIII hubo más obras de teatro

⁴ Nacido en Guipúzcoa como Iñigo López de Oñaz y Loyola (1491–1556).

sobre el tema y con esta producción “nos podremos hacer una idea de hasta qué punto los jesuitas sevillanos colaboraron con las intenciones del rey Felipe de exaltación de su doblemente «sacro» antepasado (Cornejo 2000, 31).”

Dentro de este contexto, hay que situar la planeación de la obra *El mártir* para su representación en Sevilla. Si Sor Juana escribió únicamente tres autos, ¿por qué su único auto de santos fue sobre san Hermenegildo, un personaje cuyo martirio por motivos religiosos no está comprobado en las historias de su época? Seguramente, la obra fue por encargo. En primer lugar, la primera edición del auto formó parte del famoso *Segundo volumen de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz*, publicado en Sevilla, lares de su querida amiga, mecenas y defensora, María Luisa Manrique. María Luisa y su esposo, Tomás de la Cerda, marqués de la Laguna, tenían relaciones familiares cercanas a los jesuitas. El virrey era hermano del duque de Medinaceli, emparentado con el duque de Medina Sidonia que vendió casas al colegio jesuita de Sevilla para que pudiera seguir creciendo (González 1992, 269). Sevilla es un lugar icónico en la vida de San Hermenegildo, pues, se considera que haya sufrido su cautiverio y martirio en una torre de las murallas de Sevilla, otro dato legendario. El mártir abandonó Sevilla, pasó por Córdoba donde fue capturado y traspasado a Valencia y subsecuentemente a Tarragona donde sufrió su martirio (Sayas y Abad, 2013). En 1569, desconociendo que el santo había muerto en Tarragona, Felipe II promocionó el arreglo y la reparación de la torre de la Puerta de Córdoba en las murallas de Sevilla y, más tarde, en 1583 financió, con fondos propios, el arreglo extenso del lugar que se convirtió en capilla (Cornejo 2000, 29). Así que, pese la confusión sobre el sitio de su martirio, Sevilla estaba estrechamente enlazada con el mártir visigodo.

En el auto, el rey Leovigildo, padre de Hermenegildo, a veces fue exhibido como injusto y un adversario del cristianismo, pese a las versiones históricas sobre los hechos de la época, y su hijo, Hermenegildo, un adalid justo que defendía la fe cristiana. Paz hace un reclamo retórico a sor Juana: “¿Por qué no mostró sor Juana al *otro* Hermenegildo, antes del martirio que lo transfigura: ambicioso, rebelde y tiránico (1995, 455)?,” y prosigue a tachar la obra como “una pieza hecho de prisa y a la que afean descuidos estéticos e imperfecciones morales” (1995, 455). Insisto que Sor Juana estaba consciente del debate histórico sobre el porqué de la rebeldía filial de Hermenegildo pero el visigodo era el personaje por excelencia que pudiera glorificar a Sevilla donde habitaban sus mecenas y los jesuitas cuyo colegio se nombró por el santo. Además, no podía exhibir a Hermenegildo como un codicioso insurrecto si era un santo todavía reverenciado como santo patrono de los Habsburgo. En efecto, en 1680, Manuel López Ponce de Salas publicó un texto intitulado *Vida de San Hermenegildo* que dedicó todo un capítulo para vincular el linaje de Carlos II a Hermenegildo (Fuller 2009, 904) así que, los Habsburgo persistían en su deseo de establecer este lazo genealógico hasta su propia extinción como monarcas de España.

A primera vista, *El mártir del sacramento, san Hermenegildo* de Sor Juana Inés de la Cruz, pareciera un auto sacramental de santos que siguiera la historia reconocida sobre el personaje en sus tiempos *La historia general de España*, del padre Juan de Mariana (1536-1623), publicada en Toledo y traducida por él mismo en 1601. Con sus desfiles de reyes visigodos y las alusiones a otros hechos históricos, aparentara un auto histórico de santos que condenara a los visigodos arrianos y que glorificara las decisiones drásticas tomadas por Hermenegildo de no hacer las paces con su padre, el rey Leovigildo, y morir por sus actos píos en defensa de la religión católica. Pero una revisión más de cerca, revelaría un caso mucho más complejo y tal vez un Hermenegildo algo ambiguo en cuanto a sus aspiraciones. También, por haber escogido a san Hermenegildo como protagonista del auto, la jerónima logró encumbrar a uno de los primeros descendientes

‘descubiertos’ en el siglo XVI de los Habsburgo visigodos⁵. Además, por medio de esta obra que posiblemente fue redactado para conmemorar los cien años de la inauguración del Colegio jesuita de San Hermenegildo en Sevilla, la obra alaba a los jesuitas por medio de una analogía entre los visigodos cristianos que combatieron contra los arrianos y los jesuitas y la militancia religiosa de la Compañía de Jesús que habían luchado contra los protestantes y los musulmanes.

San Hermenegildo ante la historia

Si bien es cierto que en el siglo XVI San Hermenegildo (564-585) se volvió un fenómeno castellano y Habsburgo de identidad religiosa y política, también es afirmativo que el rebelde visigodo no gozaba siempre de tanta notoriedad santa. Uno de los primeros cronistas en tratar a Hermenegildo es Juan de Biclario (540-621) que registró su biografía poco tiempo después de su muerte, durante el reinado de su hermano Recaredo, que le sucedió en el trono. El autor asentó su admiración por el rey arriano Leovigildo, pues, España fue asestada por los “míletes romanos” y los españoles católicos que calificó como “tiranos” y “usurpadores” además de “los rústicos de la campiña de Córdoba y del Oróspeda, los cántabros y los vascones” (Álvarez 13). Condenó la rebeldía de Hermenegildo porque fue “aliado del Prefecto imperial y del rey Mirón de los suevos, a quien considera tirano y rebelde” (Álvarez 1943, 13) por estar conminando la monarquía goda. El rey Leovigildo concedió a su hijo, Hermenegildo, el gobierno de una parte de la Bética pero probablemente como corregnante. Inmediatamente, se sublevó como rey contra su padre y peligró la unidad goda (Álvarez 1943, 16). Tanto el abad Juan de Biclario como San Isidoro (560-636) censuraron severamente esta rebeldía filial por antiespañolismo porque se alió con los extranjeros bizantinos y fraccionó en “dos bandos al pueblo romano visigodo” (Álvarez 1943, 17).

[E]l abad y obispo Juan, pese a su profunda fe religiosa y su acendrado catolicismo, no encuentra paliativo alguno con que justificar la sublevación de Hermenegildo, a quien llama “«tirano y rebelde’»”, opinión de la que participaba también San Isidoro, que le aplica los mismos calificativos, si bien no llegan ninguno de los dos, a denominarle *miserable*, como hace Gregorio de Tours (Álvarez 1943, 17).

Ciertos cronistas e historiadores contemporáneos de Hermenegildo no consideraban su insurrección como señal de una devoción religiosa sino un acto de sedición nacional y de ambición política.

Otros autores no hispanos de la época, también trataron el tema del levantamiento de Hermenegildo. La familia de Gregorio de Tours (538-594) fue víctima de los maltratos del pueblo visigodo contra los cristianos así que el enfoque de muchas secciones de su relato sobre el episodio fue de demostrar “los desastres a lo que lleva la profesión de la “«falsa fe’»” y enseñar que quien practique la auténtica fe se salvará (Marcotegui 2003, 295).” Gregorio no tomó una posición en cuanto a los dos opositores porque tanto Hermenegildo como Leovigildo se aliaron con enemigos del pueblo visigodo. El francés no ignoró la muerte de Hermenegildo por su padre pero se preocupó más en recalcar los aspectos negativos de la fe arriana que de culpar al soberano o juzgar al hijo ambicioso. Gregorio Magno (540-604) redactó una especie de vida de santos, de índole literaria, destinada a un público sencillo (Marcotegui 2003, 297). Posiblemente por esto, su versión relata la

⁵ Al final de la loa cuando saluda de manera formularia a los reyes y otros asistentes al evento, el texto reza: “feliz heroico heredero/del glorioso Hermenegildo,/siguiendo de Recaredo/la línea real de los Baltos” (vv. 466-469) y Méndez Plancarte anotó la veracidad del enunciado. Pues, don Pelayo era el iniciador de la “Reconquista contra los Moros” y él mismo venía genealógicamente de los Godos. “El primero de los Reyes de León, Alfonso el Católico «descendía de la nobilísima sangre del Rey Recaredo» , y casó con una hija de don Pelayo” (1995, 563).

gran crueldad de la muerte de Hermenegildo y no menciona la sedición del hijo contra su padre, el rey. El texto tiene un fin completamente devocional para enaltecer la religión católica y para desacreditar el arrianismo.

El auto de sor Juana

La trama es muy sencilla pero intervienen los personajes alegóricos apropiados para aportar las pautas teológicas subyacentes. Los personajes alegóricos de las virtudes son liderados por Fe⁶ que da comienzo al auto y “aparece en un trono⁷,” pues, según el Concilio de Trento: “La Fe es el principio de la salud humana, el fundamento y la raíz de toda justificación sin la cual es imposible agradar a Dios (Méndez 1995, 568).” Las virtudes en el texto son: Verdad, Misericordia, Paz y Justicia. Fe las nombra por medio de imágenes oximorónicas en su primera intervención: “opuestamente hermanadas,/de oposiciones conformes/sois pacífica batalla! (vv. 6-8).” Sale el segundo carro con las virtudes que portan los símbolos de sus atributos: “la Verdad con un espejo, la Misericordia con un ramo de oliva, la Paz con una bandera blanca, la Justicia con un peso [o sea, unas balanzas] y una espada; (entre vv. 26-27).” Las figuras alegóricas están agrupadas de forma contrastante: Verdad con Misericordia, y la Justicia con la Paz.

Antes de proceder con la obra, Fe explica y justifica su papel como la virtud más importante. Recalca “Yo no dependo de alguna,/pues si ellas no me acompañan,/me soy yo Virtud sin todas,/y todas sin mí son nada(vv. 58-61).” Cimenta su comprobación en varios elementos. Por ejemplo, cuando los humanos están a la puerta de la muerte, podrían haber fallado en cuestiones de caridad y de esperanza, pero si no tienen fe, no entrarán al paraíso. Juega filosóficamente con el atributo de ser ciega. La fe ve con el alma y en el momento de cogitar la transubstanciación es la única virtud trascendental. Además, la verdad, la misericordia, la paz y la justicia son únicamente virtudes morales “hasta/que yo, que soy Fe, os elevo/a ser Virtudes Cristianas (vv. 25-27).” Durante la discusión de las virtudes morales y cristianas, expone el dilema de Hermenegildo:

Pues aquel que os ejercita,
como ve que sois contrarias,
piensa, si a la Paz se inclina,
que a la Justicia hace falta;
si a Misericordia, teme
que a la Verdad desampara; (vv. 134-139)

Quizás está sembrando la duda sobre si Hermenegildo tuviera que ser tan maniqueo cuando decidió rebelarse contra su padre. A fin de cuentas, el padre no agredió al hijo hasta que hubo una insubordinación desmesurada contra su poder como rey. En esta sección, Fe lamenta la incapacidad de reconciliar estas virtudes. En una alusión a Hermenegildo, usa el vocablo “ejercita” por la cruzada que desempeñó contra su padre. Parece seguir con su demostración de que Hermenegildo haya estado confuso en cuanto a su conducta tal como “los justos”:

Y ésta de los justos es
la más sangrienta batalla,
pues al cumplir un precepto,

⁶ La fe es una de las tres virtudes teológicas que incluyen, además de la fe, esperanza y caridad.

⁷ Todas las citas del auto son de la edición de Méndez Plancarte 1995.

piensan que el otro quebrantan,
 pues parece que la Ley
 es de sí misma contraria. (vv. 140-145)

Se aprecian las referencias al caso: Hermenegildo emprendió una “sangrienta batalla” contra su padre para “cumplir un precepto” y Fe aparenta opinar que el mártir erró. El emparejamiento de virtudes contrastantes que se atenúan entre sí (Verdad-Misericordia y Justicia-Paz) cambia al final de esta escena y los que se fortalecen entre sí, deciden trabajar conjuntamente: Verdad con Justicia y Paz con Misericordia.

La tercera escena inicia con el arribo de las virtudes al campo de batalla y el encuentro con Hermenegildo dormido en una tienda de campaña. Antes de la presentación de Hermenegildo, cada virtud, ahora, emparejada con su opuesta para atenuar el rigor natural entre sí, arguye su causa. Misericordia le exhorta: “Honrar, Hermenegildo,/a los padres, Dios manda,/dando a la Natural/mayor autoridad Su Ley Sagrada (vv. 190-193).” Mientras Verdad le recuerda que Dios permite “poner [la] espada/entre el padre y el hijo,/cuando la división es por Su causa (vv. 197-199).” Apela Paz por la docilidad: “Tú, si obligarle quieres,/no desprecies la cosa que más ama (vv. 204-205).” Su oponente, Justicia, le recuerda que “Si los pies o los ojos/escándalo te causan/(dice), córtate el pie/y sácate los ojos de la cara (vv. 208-211).” Todas exponen su punto de vista en una especie de sueño. Hermenegildo considera los argumentos como:

contrarias
 imaginaciones
 [...]
 Vaga
 confusa imaginación.
 [...]
 impresas en el alma
 (aunque falten los sentidos),
 [...]
 mientras el cuerpo descansa,
 se representan tan vivas,
 que lo que es sólo fantasma
 finge tanta corpulencia,
 que aun despierto, Hermenegildo sigue escuchándoles. (vv. 215-228)

El santo es acosado por cada virtud que, según su inclinación, sugiere cierta acción. Verdad y Justicia le animan a ser violento y rebelde y Paz y Misericordia le propulsan a la docilidad y el amor. Verdad le incita a defender “la Verdad de la Cristiana/Religión (vv. 236-237),” y le mueve a dar amparo a los cristianos contra la secta arriana. Por el otro lado, Paz le recuerda del “amor/de mi Padre, de sus canas/el respeto, la lealtad/de mi Rey (vv. 250-253).” Paz alude a los destrozos que implicaría una guerra civil contra su propia patria. Hermenegildo toma en cuenta las advertencias pero tiene miedo de que si su padre se acuerde amargamente de su rebelión y le quitará su poder y lo reducirá a un simple ciudadano, situación que aterra al insurgente. Además, quizás escarmentará a los cristianos que lo han seguido. En este fragmento, Sor Juana expresa quizás su propia evaluación histórica. En primer lugar, Hermenegildo no debería éticamente violentar a su padre y tampoco a su rey. Comete sedición por medio de la incitación a una guerra civil. Además, siembra dudas sobre las motivaciones de la rebeldía del mártir: no desiste en el alzamiento y

persiste en su empecinamiento religioso pese a que el rey Leovigildo, su padre, no le ha agredido. Los relatores que han tachado al visigodo de ambicioso, encuentran aquí sus ecos en Sor Juana.

Durante esta guerra ideológica entre las virtudes hermanadas, se presenta Geserico, el embajador de su padre, con una carta de Leovigildo. El embajador le relata lo que viene en la carta. El rey Leovigildo le recuerda de

las altas obligaciones
de tu Regia, clara Sangre;
[...]
es cumplir
las órdenes de tu Padre,
no desdice del intento
de persuadirte y rogarte
con los partidos de paz. (vv. 365-371)

Desfilan todos los protagonistas de la historia goda, llegando a los Ostrogodos y los Visigodos. Cuando se detiene en Ataúlfo, “primer Rey que a coronarse/de los Godos en España (vv. 498-499)”, envuelve una analogía entre el primer rey goda y Felipe II. Del rey visigodo recita:

Dando a la más grande
Monarquía que el Sol mira,
principio con sus afanes,
no habiendo faltado el Cetro
en Príncipes de su sangre
hasta ahora que (heredando
sus espíritus marciales)
han dádole a su dominio
por término los dos Mares. (vv. 500-508)

El rey Felipe II se imaginó en la imagen de Ataúlfo y se convirtió su imperio en la “más grande/Monarquía que el Sol mira, (vv. 500-501).” Como el dominio de Ataúlfo abarca las tierras entre el Atlántico y el Mediterráneo, pues él de Felipe II acaparaba las de entre el Atlántico y el Pacífico.

El embajador le suplica de no hacer guerra con su padre para acceder al poder. Le aconseja de esperar y de tener paciencia:

Si impaciente de la vida
del Rey, por apresurarte,
quieres quitarle el Laurel
y del Cetro despojarle,
poco podrá ya durar,
y más en tales pesares;
y entre tanto, la edad misma
te irá entregando las llaves
del manejo y del gobierno. (vv. 571-579)

Este pasaje supone que el santo rebeló por ambición, punto de vista muy difundido en las crónicas de los tiempos del mártir. Por el otro lado, le advierte del daño que hará a sí mismo desde una perspectiva afectiva si no desiste en su insurrección.

Considéralo bien antes,
y no destruyas tú mismo
el Reino que es bien ampares,
ni en la fama de tu gloria
pongas mancha tan notable,
como que a tu Padre mismo
la vida y Reino quitaste. (vv. 580-586)

Sus críticas más acérrimas siempre apuntalan a este hecho: Hermenegildo puso en peligro el imperio visigodo, el reino del respetado rey Leovigildo. El hijo renegado decide consultar con su “Consejo de Guerra/ y Estado y, los principales/Cabos (vv. 621-623).”

Con la llegada de su esposa Ingunda y su tío, Leandro, la acción se acelera. Primero, Leandro le informa del arreglo que ha hecho con el Emperador Tiberio, agradecido por la defensa de la fe, va a despachar tropas para ayudar a Hermenegildo. Pero, quiere a Ingunda y a su pequeño hijo, Teodorico, como garantía. Accede el santo a estas disposiciones y entrega su esposa y su hijo para que sean rehenes del Emperador Tiberio.

El cuadro segundo inicia con un encuentro entre Leovigildo y Fantasía y la posterior recalca el éxito que la secta arriana ha aportado a la gloria goda. En parte, es de nuevo, una referencia al pasado glorioso godo y, a la vez, una analogía con los tiempos de Felipe II. Fantasía propone que Leovigildo vea cómo la arriana religión ha beneficiado a los godos:

Pero porque lo veas
no sólo en las fantásticas ideas
de la imaginación, sino patente,
al aire sombrearé lo transparente,
porque en visible objeto mires toda
la serie Regia de la gloria Goda. (vv. 905-910)

En seguida, le ruega que vea un trono con símbolos que pudieran representar al reino suyo y, por analogía, a sus sucesores, Felipe II, y también, a los jesuitas: “una Corona/que con una celada se eslabona:/con que siendo Corona la celada,/también el Cetro es Cetro y es Espada (vv. 917-920).” En otras palabras, la corona y el cetro representan poder y la capacidad de batallar: la corona es, a la vez, una celada---yelmo---y un cetro es, al mismo tiempo, una espada. Fama hace otra alusión a los reinos godos y a los extensísimos de los Habsburgo:

Oigan el eco horrísono
de mis acentos bélicos,
desde el confín Antártico,
hasta su opuesto término.
[...]
De España glorias ínclitas
oiga el Planeta Delfico,
de sus dominios árbitro

y de sus luces émulo. (vv. 933-940)

Plantea aquí un elogio de los pasados y de los futuros dominios de los reyes españoles con el intento de relacionar toda la línea de los monarcas godos con la de los Habsburgo cuyo imperio era tan grande que jamás en él se ponía el sol. Leovigildo tiene miedo de Hermenegildo y lo considera un tirano. La amenaza de la insurrección de Hermenegildo le acongoja:

Me aflijo
 tanto de que mi Hijo
 depreciando la Arriana
 Ley,
 [...]
 no reposa
 mi corazón, y siempre pensativo,
 mil temores avivo
 de que ha de ser incendio de mi Casa
 la que en Hermenegildo empieza brasa. (1071-1080)

El rey considera que la ley arriana ha mantenido el reino unido quizás subrayando una analogía entre este punto de vista y las aspiraciones iniciadas por Carlos V y, después, por Felipe II de una Monarquía Católica.

Apostasía y Recaredo salen a platicar con Leovigildo y el embajador, Geserico. Los arrianos eran los primeros pueblos germánicos en España que se bautizaron como cristianos y realmente no tenían consciencia de ser apóstatas. Geserico reporta que Hermenegildo reconoció su agradecimiento a su padre pero enfatizó que: “la palma/del Alma, ha de rendirse a Quien dio el Alma (vv. 1159-1160).” Además, Leandro e Ingunda le han convencido que “por el Cristiano bando declarado,/no admite de las paces el partido (vv. 1163-1164).” Leovigildo exclama: “¡Oh Hijo rebelde! ¡Oh víbora, que ingrata,/a quien le ha dado el sér, tirana mata! (vv. 1171-1172).” Apostasía le aconseja: “Témate Rey, quien Padre te desprecia;/que sin armas, en estas ocasiones,/van sin autoridad las persuasiones (vv. 1186-1188).” Cuando está convencido de hacer guerra contra el insurgente, su otro hijo, Recaredo, le da varios motivos para no emprender esta solución bélica: los afectivos y los logísticos. Primero, le pesa que, al final de la batalla, habrá perdido o a su padre o a su hermano. Segundo, será demasiado violento matar a un hijo en el campo de batalla. Tercero, Hermenegildo ha pedido la ayuda a Tiberio cuyas tropas están por llegar. Arguye que pudiera pasar como cuando Atanagildo apeló por el auxilio del ejército de Justiniano: sus tropas se apoderaron del territorio. Por fin, afirma que tiene mucho que ganar porque, si Hermenegildo muera en el campo de batalla, él, Recaredo, será el sucesor al trono, y aun así, está en contra de la contienda. Por fin, Apostasía persuade a Leovigildo a hacer guerra y convencerá a las tropas católicas a ayudar a los arrianos por medio de una trampa:

Yo un Concilio
 juntaré, en que, aunque tuerza
 de mis Arrianos dogmas los sentidos,
 [...]
 dejaré [...]
 que parezca que nos conformamos
 con ellos y que todos profesamos
 una Ley; y con esto se consigue

que el bando que lo sigue
 por razón de Católico, engañado,
 creyendo que acabado
 está el disturbio de las Religiones,
 seguirá de tu Padre los pendones. (vv. 1241-1252)
Todos apoyan el plan engañoso de Apostasía

El “Cuadro tercero” inicia con una lucha entre las virtudes para conseguir la corona de laurel que anuncia el triunfo de las virtudes dominantes de la lid entre Hermenegildo y Leovigildo. Paz reconoce su fracaso en cuanto a la coronación con el laurel: “¿para qué me he de poner/yo en cuestiones sobre aquello/que sin ella he de tener? (vv. 1306-1308).” Las virtudes más inexorables—Verdad y Justicia—parecen ser las victoriosas:

Pero en cuanto al ejercicio,
 no me podrás negar que
 han sido en Hermenegildo
 la Verdad, por esta vez,
 y Justicia, las que más
 llegan a resplandecer;
 pues la Paz abandonando,
 en defensa de la Fe,
 con su mismo Padre rompe. (vv. 1319-1327)

En su texto *Historia de España*, el padre Mariana glosa una carta que el rey supuestamente escribió a su hijo. Le pregunta:

Que si te era cosa pesada esperar la muerte deste viejo y los pocos años que naturalmente me pueden quedar, o si por ventura llevaste mal que se diese parte del reino a tu hermano [...] La ambición sin duda y deseo de reinar te despeña, que suele quebrantar las leyes de naturaleza y desatar las cosas que entre sí estaban con perpetuos nudos atadas. Excúsate con tu conciencia y cúbrete con el velo de la religión, bien lo veo, en lo cual advierto que, no solamente quebrantas las leyes humanas, sino que provocas sobre tu cabeza la ir de Dios (Mariana 1854, 141).

Sigue en duda si el culpable es Hermenegildo o su padre. ¿Cuándo es permisible por un hijo tomar armas contra el padre, especialmente, cuando su padre es, a la vez, su rey? Hermenegildo se retira a Oset y mientras está recluido en una capilla, llega su hermano, Recaredo. Recaredo intenta persuadir a Hermenegildo de ser prudente, evitando una guerra con su padre pues, según el hermano, no es justificable la lucha que emprendió el mártir. Insiste en que la rebeldía contra su padre no es proporcional con la ofensa paterna:

Pues si de ella (la obediencia) te apartó
 de la Religión el celo,
 para moverle la guerra
 no fue bastante pretexto:
 pues la diversidad sola
 de ella (cuando no hay exceso

de tiranía) no basta
 a dar razón ni derecho
 a los rebeldes, y bien
 sabes que mi Padre en eso
 no ha puesto violencia, pues
 ha permitido en sus Reinos
 libre el uso de la tuya. (vv. 1461-1473)

A todas luces, este fragmento demuestra cierta tolerancia por parte de Leovigildo y una intolerancia por parte del mártir, conducido por Verdad y Justicia. Además, Recaredo que se convirtió en cristiano y también, rey del imperio, fue el verdadero campeón de la fe cristiana porque los hispanovisigodos empezaron a convertirse a la cristiandad durante su reino.

Recaredo convence a Hermenegildo de la buena disposición de su padre para hacer las paces. Mientras Leovigildo y Apostasía mandan a buscar al renegado, se presentan Recaredo y Hermenegildo. El rey manda a encarcelar al rebelde para poder observar su comportamiento. Para probar su obediencia, Apostasía llevará la comunión a la cárcel para ofrecérsela a Hermenegildo. Si el prisionero acceda a recibirla de manos de Apostasía, sería perdonado y liberado y si no, su padre, el rey, lo condenaría a muerte. Apostasía arriba para darle la comunión y justifica su capacidad de administrar el sacramento de esta manera. Admite que la secta arriana difiere del cristianismo sobre “si es el Hijo/igual a Su Padre Eterno, (vv. 1819-1820).” Además, tanto el arrianismo como el cristianismo concuerdan en que “el Sacramento/de la Eucaristía es/de Cristo la Sangre y Cuerpo/que se nos da en Comunión (vv. 1824-1827).” El santo reconoce que el sacramento es imperfecto “y recibir no quiero/de ti, pues no puede ser/verdadero Sacramento (vv. 1842-1844).” Admite Hermenegildo que Apostasía ha sido bautizada pero su Bautismo “fuera gastar el tiempo/inútil, (vv. 1850-1851).” Pero el arriano sigue en su argumentación legitimadora:

Pues si bautizado soy
 y creo los Evangelios,
 y este Misterio (que tanta
 dificultad tiene) creo,
 ¿por qué de mi mano tú
 no lo recibes, supuesto
 que el mismo que tú veneras
 es también el que venero?
 Y aunque yo, como tú dices,
 Hereje fuese, no puedo
 quitar por mi indignidad
 su virtud al Sacramento. (vv. 1855-1866)

Apostasía continua insistiendo: “si yo lo consagré,/guardando aquel orden mesmo/de palabras con que Cristo/convirtió el pan en Su Cuerpo, (vv. 1871-1874)” ¿por qué se niega a recibirla? Según Méndez Plancarte, el mártir se vale de una explicación errónea para negar la comunión de manos del arriano:

Que para hacerlo
 no tienes autoridad,
 pues eres un mero lego

sin Orden Sacerdotal
que da aquel poder supremo
para poder consagrar. (vv. 1876-1881)

Según Santo Tomás, “no puede recibirse de ellos [los sacerdotes arrianos] la Comunión, no porque no sea el verdadero Cuerpo de Cristo, sino porque sería participar en su sacrilegio de consagrarlo y administrarlo ilícitamente, y significaría «comunicar con los no católicos» en las cosas divinas (Méndez 593).” Así que Hermenegildo se niega a comulgar y Apostasía tiene órdenes de mandar a cortar la cabeza.

Las acotaciones indican que el Verdugo le corta la cabeza y hay cambio de carro. En el segundo carro hay un “altar con Hostia y Cáliz” (entre vv. 1906-1907) con dos coros de música y Fe y las Virtudes que cantan endechas. Hermenegildo troca el “caduco Cetro”, la gloria mundana, efímera, por el “Laurel Inmortal” mientras las virtudes ansían ver cuál de ellas vaya a ganar su propio laurel por ser la suprema. Deciden que todas son las ganadoras porque Verdad se encontró con Misericordia y “la Paz y la Justicia/aquel místico beso/se den, que signifique/nuestro vínculo eterno (vv. 1929-1932).” Explicita Fe que Hermenegildo es el verdadero mártir del sacramento porque murió “por la especial/Fe de aqueste Misterio (vv. 1935-1936).” Termina el auto subrayando la relación entre los reyes y el linaje godo católico de Recaredo: “¡Gócese alegre España,/y sus Reyes excelsos,/que en la Sangre de un Mártir/la púrpura tiñeron (vv. 1941-1941).”

El lenguaje de guerra del auto

La figura de San Hermenegildo formó parte central de un renacimiento gótico en los tiempos de Felipe II. Sor Juana usó como base histórica para su auto, la versión de su vida asentada por el padre Juan de Mariana que favoreció al santo. Sor Juana no podía poner flagrantemente en duda la santidad del personaje pero sí pone en tela de juicio sus motivos por luchar contra su padre. En la obra, hay varias veces en que titubea sobre la finalidad de su espíritu agresivo. El embajador Geserico le insta de tener paciencia porque el rey es anciano y pronto, Hermenegildo heredará la corona. Su hermano, Recaredo, le advierte sobre el peligro de invitar aliados como Tiberio a luchar contra el rey porque terminarán usurpando el poder a los visigodos. Una vez comenzada la sublevación contra su padre, Hermenegildo teme que no haya marcha atrás, pues, su padre le despojará de su poder, sus fuerzas y “de las plazas/y presidios que poseo,/reduciéndome a privada/vida” (vv. 274-277) y no respetará la primogenitura de la corona y se la cederá a su hermano, Recaredo. La autora deja ver que los móviles del mártir no son tan claros. Sin embargo, el auto rescata el ánimo guerrero del mártir, característica que explotó para crear la analogía entre el visigodo, los jesuitas y los Habsburgo, todos combatientes de la fe.

La premisa anunciada al inicio de este escrito es que sor Juana equiparó el ánimo militar de los Habsburgo y de los jesuitas para defender la fe con el mismo brío de él de Hermenegildo. El auto utiliza repetidamente un vocabulario de términos de guerra quizás para subrayar tanto el espíritu aguerrido del sujeto del auto, Hermenegildo, y los otros entes paragonados entrelíneas con él, es decir, Felipe II e Ignacio de Loyola. Posiblemente, hay una explotación de esta esencia guerrera en el vocabulario.

Fe forma la piedra angular del “Militante Edificio” que es la morada del “Artífice Divino” (vv. 40-43) una referencia tanto a Hermenegildo como a los jesuitas y los Habsburgo. El estribillo siguiente o partes de él se repiten siete veces en la obra para crear un *leitmotif* miliciano: “¡Marcha, marcha!/¡Deja el sosiego! ¡Toma las armas!”. Términos como “guerra”, “batalla”, “estruendo”, “defensa”, “cetro”, formas de la palabra “ejército”, “sangre”, “castigo”, “contrario”, “vengar”,

“corona”, “triumfo”, variaciones de “imperio”, “yugo”, proliferan en el texto. Así que el texto utiliza un vocabulario de guerra y de militancia para alabar las iniciativas bélicas tanto de los visigodos cristianos, los fundadores de la Compañía de Jesús y los antecesores de Felipe II y el resto de sus descendentes. Además, se sirve de la dilogía de los vocablos “corona”, “cetro” y “laurel” para enfatizar lo que une a los visigodos, los jesuitas y los Habsburgo: una corona que es yelmo, un cetro que es espada y un laurel que representa victoria mundana y celestial.

Conclusiones

Es lamentable la falta de noticias de representaciones de obras de Sor Juana en el mundo hispánico de sus tiempos. No obstante, sabemos que sus obras se editaron en España en sus tiempos: la *Inundación castálida*, Madrid, 1689, y el *Segundo Volumen*, 1692, Sevilla, entre otras. María Luisa Gonzaga Manrique de Lara, costeó los dos y los promocionó con su gran red de contactos influyentes. María Luisa y Tomás de la Cerda eran importantes personajes en Andalucía donde se encontraban sus lares ancestrales. Tanto era así que es factible que María Luisa haya conseguido para la monja la comisión para componer el auto bajo estudio para conmemorar los cien años del Colegio jesuita de San Hermenegildo en Sevilla. Si era así, es lógico que alabe tanto a la advocación Habsburgo al santo y a los jesuitas por medio de una analogía entre el mártir y ellos. Además, la autora celebró el espíritu guerrero de los tres con un uso extensísimo de vocablos de combate y de actitudes bélicas. Entrelíneas, el auto siembra las mismas dudas sobre el santo como sus detractores más famosos: Juan de Bíclo, San Isidoro, Gregorio de Tours, entre otros. Y deja la duda sobre si ¿Hermenegildo rebeló contra su padre, el rey Leovigildo, por ambiciones personales políticas o, de verdad, no era capaz de aceptar a los cristianos arrianos?

Obras citadas

- Álvarez, Pablo. “La crónica de Juan Biclarense.” *Analecta sacra tarraconensia: Revista de ciències historicoeclesiàstiques* 16 (1943): 7-44.
- Araico, Susana. “El montaje de *El mártir del sacramento*: Sor Juana y San Hermenegildo, entre jesuitas y sevillanos.” *Destiempos* 14 (año 3) (2008) 286-299.
- Cornejo, Francisco. “Felipe II, San Hermenegildo y la imagen de la «Sacra Monarquía».” *Boletín del Museo del Prado* 18 (2000): 25-38.
- De Lucca, Denis. *Jesuits and Fortifications: The Contribution of the Jesuits to Military Architecture in the Baroque Age*. Leiden: Brill, 2012.
- Fuller, Amy. “Rebel with a cause? From traitor prince to exemplary martyr: Sor Juana Inés de la Cruz’s representation of Hermenegildo”. *European Review of History---Revue européenne d’histoire* 16.6(2009): 893-910.
- González, Cayo. “*Tragedia de San Hermenegildo*”. *Epos* 8 (1992): 261-289.
- Marcotegui, Beatriz. “El tratamiento historiográfico de San Hermenegildo.” *Anuario de Historia de la Iglesia* 12 (2003): 289-304.
- Mariana, Juan de. *Obras Completas del Padre Mariana*. Editado por Francisco Pi, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1854.
- Martínez, José. “Reflexiones en torno a los escritos políticos e históricos de Francisco de Quevedo.” *La Perinola* 18 (2014): 103-141.
- Méndez Plancarte, Alfonso ed. “Notas al Auto Sacramental ‘El Mártir del sacramento San Hermenegildo.’” *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz, “Autos y loas”*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. III, 564-597.
- Moriones, Ildelfonso. *Historia del proceso de la beatificación y canonización del venerable Juan de Palafox y Mendoza*. Pamplona: Universidad de Navarra, 2000. 513-558.
- Paz, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Sayas, Juan José y Abad, Manuel. *Historia antigua de la península ibérica. II. Época tardoimperial y visigoda*. Madrid: UNED, 2013.
- Sor Juana Inés de la Cruz. *El mártir del sacramento, san Hermenegildo*. En *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz, “Autos y loas.”* Alfonso Méndez Plancarte ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. III, 115-183.